



mudanzas
l.g.hernando

LEONOR GARCÍA HERNANDO

MUDANZAS

TALLER LITERARIO
MARIO JORGE DE LELLIS

Buenos Aires, 1974

Portada:

Claudio Barroco

Escuela de Bellas Artes M. Belgrano

Centro de Estudiantes

Queda hecho el depósito que

previene la ley N° 11.723



A los Corvalanes . . .

PRÓLOGO

Recién llegada a un mundo hostil y antipoético -el que nos toca vivir todos los días- Leonor empieza a mirar hacia atrás, a reinventar cálida y minuciosamente lo que se dejó: el mar, Tucumán, los amigos, los trenes, siestas, sitios de San Telmo. Todo eso viene ahora como un golpe de irrealidad, de magia, de paraíso perdido; como una presencia a pesar de todo decisiva y, en cierta medida, más auténtica; lo suficiente como para fundar una poesía, un mito (a la manera de Pavese o de Teillier) con vida propia, en donde cobrar fuerzas para cantar.

Eso es Mudanzas, el rescate y la despedida a la vez, de algo que no va a morir a pesar de las condiciones objetivas, de algo que Leonor lleva en sí y le permite vivir y entregarlo a los demás como una manera de ayudar a vivir. Y no se trata -ya estoy empezando a escuchar a los “concienzudos” de siempre- de un mero escapismo, una evasión, una manera de esquivarle el cuerpo a las urgencias concretas. Es, más bien, todo lo contrario: la afirmación de un mundo pasado, pero justo y entrañable, un mundo que se opone desde el vamos a la deshumanización que viene desde arriba. Un mundo -tantas veces lo dijo González Tuñón- que habrá que reconquistar, que estamos -Leonor también- reconquistando. Toda verdadera poesía “lírica” (la de Mudanzas lo es) resulta, por comparación, un dedo acusador; resulta, también, una propuesta. Un tipo de propuesta a la que, cuando se accede en profundidad, resulta casi imposible resistir.

Todo lo dicho vale más como reconocimiento que como aclaración. Este libro es -al margen de los ineludibles altibajos, del eco de las grandes voces ajenas todavía sonando dentro de una creciente voz personal- un universo con palabra propia, y, por lo tanto, no necesita explicación. Un universo que, como ocurre con todo lo que merezca llamarse poesía, nadie atraviesa en vano.

Daniel Freidemberg

DE MI PAÍS

Es en este ínfimo suburbio
donde anida el aullido de los perros;
donde las maderas se tuercen
en muebles doloridos
como gigantes de miedos pesados y lerdos.

Tus palabras lagrimean,
exhalan borbotones calientes,
descubren tu boca mordida por vidrios;
aquí donde mi tristeza se tiende
en almanaques violetas.

Este país
es un apartado silencio celeste,
donde cardos barrosos
enlutan de asombro
los muelles en las tardes.

Este es mi refugio,
este mi abismal desierto de costumbres,
esta mi lámpara sólo encendida
en mañanas de soles nauseabundos;

Aquí,
donde una decente oscuridad me cubre
y me sosiega el humo de las pipas apagadas
es donde nada es cierto,
es donde los pájaros

interrumpen su frágil retirada.

Este es mi minúsculo desván;
gotean papeles desde los rincones
y la humedad me envuelve
con su pelusa áspera.

Aquí me dejo todos los días
y siento el oleaje de puertas
que se arriman y me estrechan.

Este es mi país,
aquí donde cardos barrosos
enlutan de asombro
los muelles en las tardes.

EXISTO

Yo existo aún ante el miedo
golpeteando cascabeles de verano.

Yo existo.

Que el mármol resguarde
mis blasones de harapo,
porque transcurro.

 Mi canto entrelaza jirones de asfalto
y estoy, o me voy,
o me quedo,
o naufrago.

 La lámpara hilvana cansancio de luz
en su gesto callado.
Quedo atrapada en tus ojos maduros y blandos.

 Recorro la medular tristeza
de tus calles noctámbulas
y el viento es un mito desnudo
que rasguña apenas
la desolada piel de los faros.

 Mi vida de hojaldre está quieta.
 Mi cabeza de pájaros nocturnos
se deja caer, se derrumba,
Se abandonan mis manos
a su mudo destino de símbolos.
Pero yo sé que existo.

Aún ante el horario repetido

de los atardeceres mundanales y tiesos,
contagio un latigazo oscuro,
un rasgo gastado,
la impotencia brutal de mi destierro.

PARA EL MIEDO

Para acercarme al miedo,
para beber sus juegos
y astillar sus sañas y sus voces,
he inventado todas estas luchas
y aún más:
un brusco amputar de dioses,
de líquidos lamentos
que contengan tus ojos
hasta huirlos hacia adentro,
hasta dormirlos;
hasta beber sus juegos
y acercarme al asombro
como acechando las farras
y las machadas proezas de la noche,
y así,
ensimismarme en sus cortezas.

Para acercarme al miedo
he ido doblando mis gestos
para que los entierren.

PARA LA TRISTEZA

Puede bebernos el corazón
y viajarnos las manos
hasta enternecerlas.

Puede mirarnos;
deja sus ojos amarillos
en todas las ventanas,
y a veces,
los descubrimos en nosotros.

Puede enmudecernos la piel;
inventar silencios que nos reconozcan

A veces
nos cava la risa
y entierra su lágrima
y todo lo amarillo de sus ojos
hasta dejarnos la alegría blanda
y descompuesta de luz,
para que nosotros,
vivamos retornando hacia su muerte,
arrodillemos nuestra soledad
y besemos su llanto.

Porque la tristeza
puede bebernos el corazón
sin que nos demos cuenta.

ORACIÓN NOCTURNA

Ha crecido desde mis manos,
y a veces se desborda en mis asombros,
un niño oscuro
esperando que amanezca
el amarillo en los umbrales.

Me ha traído resinas,
y turbio y somnoliento,
me aqueja su perfume
de eucaliptus violento;
de frías aguas
que lamen las orillas de mi nombre,
de botellas vacías
y asfaltos calcinados.

Un niño oscuro
me ha besado los ojos,
me ha dibujado
alambrados azules,
esquinas despobladas;
y presiento sus manos
de papel arrugado,
viajando sus lentos
contornos nocturnos.

Creo que algún día
ha muerto en mí,
en los cristales sumergidos de mi cuarto,

en la boca desmesurada de los tréboles,
un niño oscuro.

Y acaban de alumbrarse de amarillo
los patios,
tus pasillos,
mis umbrales.

UN SILENCIO PARA MIS MANOS

Hoy,
la sorpresa ha detenido sus duelos.
en el vientre sonoro de tus manos.

Elas pueden alcanzar las fiestas,
el agua derrumbada,
la quietud de los gestos recogidos,
y el asco,
y la tenacidad,
y los torpes paseos de la noche
fingiendo sus muecas
y sus lámparas.

Hoy hemos levantado
nuestro único símbolo.

Ha comenzado a rondar
la áspera humedad de mi lágrima;
pero tus manos pueden asesinar
su rastro y sus estorbos.

La armonía de sus danzas
ha fugado de los trajes,
dibujó sus ritmos en los muebles,
distrayendo los entierros y los polvos.

Ahora tus brujas
escurren soles pequeños;
hay un tímido alivio
trasponiendo umbrales
y persianas.

Y tú escapas.

Persigues un pájaro absurdo,
un vuelo inquieto
en el que dobles tus luces,
tus enojos,
y una enredada pasión
que te consuele.

DESPUES, LA LLUVIA

Después que tus brujas silenciosas
te descubran,
te alcancen mis designios
y la alborotada sorpresa de las noches.

Después que lamas los barriales,
los llantos esbozados de la angustia,
las entrañas de las piedras
(sus musgos apretados)
y la desguarecida soledad
de las ventanas;
ven,
tráeme tus sigilos,
detenles en mis ojos un momento
y des borda tus lutos
lentamente.

Después que reconozcas
tus verdes festines transitorios,
tu acongojada pereza,
tus lamentos;
levanta tus luchas armoniosas,
tu esforzada canción,
y sosiégala en mi frente.

Para tus manos
hay sepulcros devastados,
bolsillos mintiendo tus temores,

y el luto de las mantas
lidiando sus dobleces y sus frunces,

Hay una flor,
desnuda,
volcando sus rubores y sus furias . . .
. . . pero tu íntimo idioma
no se atreve a mancharla.

No se atreve a cachetear a la muerte,
estancada en sus bordes.

Orilla sus perfiles,
intenta un lenguaje fúnebre
como para acercarla.

Como para amansarla esfuerza sus gestos;
desliza sus malabarismos,
la anilla,
la dobla,
en un delgado cordón enloquecido.

Pero tus manos
deforman su soledad,
el color estropeado de, estos meses;
y la congelada estrella
que asoma a dureza de su luz
en la queja; prolongada de tus dedos.

Tus manos,
pueden mentir sus anudados esfuerzos,
un consuelo que transcurra mis envidias.

Pueden reptar sus hábiles luchas,

y apuñar la tierra
y desgastarla.

Y debilitar los muros con sus golpes,
y estrujar libros,
incendiar almohadones y maderas,
y títeres de cartón enmohecido.

Violar cerraduras,
morder sus llaves,
sus herrumbres,
y después abandonarlas.

Abandonar canciones lastimadas,
lamer heridos ojales en mis hombros,
alzar escuerzos y partirlos
y confundir tus manos en su sangre.

Ve,
y acuesta su ociosidad
entre trapos y vendajes,
o despliega sus tumbas
y sus grietas.

¡Que sostengan tus manos
mis espacios y mis fríos quietos!;
¡Descubre sus marchas
y el ademán quedado que retienes
hasta mostrar tu carnosa península
a mi rabia!

Tú puedes hacerlo.

Tienes manos.

CCXXII

A veces,
cuando amenaza descascararse el cielo;
y· despierta el oscuro corazón,
y crepita.

Sólo a veces.

Sólo cuando amanezco
en días suicidados;
en días en los que no hay trenes
que partan hacia el Norte.

Solo en medio del día
y del cielo que se descascara
y abalanza su desnudez,
y se abalanza solo;
sobre nosotros.

Solos.

Sólo entonces.

A veces,
cuando descubro a la pequeña gente;
a mi pequeña gente de pie
(Carlos, Fuyí, Nora)
a la gente olvidada y vertical
clavada en medio del día,
(y no les tiemblan los ojos.
Ellos pueden mirar la muerte de frente
y enternecerla)

Sólo entonces.

Cuando alumbro las ventanas
y la noche derrama su lechosa piedad
y me protege;
sólo entonces,
porque yo se lo pido,
extiende su manta pesada y húmeda
y no permite que me vean.
(Se que sólo yo puedo conocerla,
porque nos parecemos mucho:
Las dos odiamos el día y los espejos).

A veces,
los días comienzan de nuevo
y los trenes abandonan el Sur,
y me llevan,
asomando por todas las ventanas,
para recibir el cielo que ya no se descascara tanto;
hasta que el cielo es sólo un grito azul,
que no termina.

Mis amigos quedan en el andén,
de pie,
clavados en medio del día.
(Ellos aman el día y desprecian la muerte;
si quieren hasta la miran a los ojos
para enternecerla).

Sé que sólo yo puedo conocerlos
porque nos. parecemos mucho:
no les gustan los espejos . . .
. . . pero aman el día.

Será por eso que ellos quedan de pie,

Sur adentro,
viendo cómo el tren se aleja
y me lleva con él.

Me está llevando.

4 POEMAS DE AMOR

PARA TUCUMÁN

PARA LOS DESVENTURADOS

Hoy aletea su funeral el verano.
Son míos esos lagrimones espesos
y esta turbia tristeza provinciana.

La siesta ha venido
a acurrucarse en mis ojos.
Se que afuera el calor
juega cabriolas de incendio
y abre su mendrugo de asfixia
al liviano pañuelo de la ausencia,
a los desventurados.

Quisiste levantar barriletes
hasta el límite de mi asombro.
Eras el puerto
que arrinconaba mis tardes
y mis desoladas escapadas al silencio.

Pero yo me voy;
así, como de paso,
languideciendo callejones;
hasta encontrar un nuevo color
que astille la lana del recuerdo
y teja un mapa, de nostalgias azules,
para que retorne.

Para descubrir un cielo escondido,
ovillado en el agua de tu tiempo.

Más allá de marzo
borrando de marrón
tu fosforescencia vegetal,
tus trémulas lluvias,
y ese ocasional,
liviano pañuelo de la ausencia;
hay un desvalido color
que busco y encuentro diariamente;
que diariamente ofrece
su cáliz de luz
a Jos desventurados,
para que retornen.

A TUCUMÁN CON UNA LÁGRIMA

Recogiste un día mi viruta de sueños,
y poblaste de verdes
mis ojos marrones,

Doblé las manos;
tu humedad sonora
aceptó el gesto olvidado y ajeno
levantando murallones de siesta
hasta envolverme en su fragua.

Pero yo te dejé sin siquiera el ademán menudo:
la lágrima que entristece,
la lágrima que se apaga,
lentamente . . .

Y ahora he vuelto a este nido maloliente
y de alas dislocadas;
de gatos ofreciendo su sigilo alucinado;
de soles tendiendo sus astillas de cobre
hasta rozarnos.

La danza inquieta y voraz de los inviernos
sembró semillas blancas
en mis ojos de agua.

¿Dónde quedó el jardín?;
aquí sólo crecen flores de alambre
y se finge un cielo todos los días.
Todos los días la misma lágrima:
la que entristece,

la que se incendia,
lentamente.

DESPUES, LA SOMBRA

Desde ti;
desde este país propio
que inventa su lenguaje
y sus temores,
he crecido en un nuevo color,
aislando soles blandos
para que los recorras.

Querías acercarte a mis gestos
y a las traspasadas
purezas de la pena,
para durar en el día
que abre anchos calores
y sirve luces a tus juegos.

Querías acercarte a la oscuridad
y a las lámparas;
arrimabas tus fiestas:
y tus vuelos
para escurrirlos en mis manos,
para durar en el día,
trayendo un apartado valor
que enturbiase las sombras.

Desde ti;
desde los trenes
que se alejan de todo
y dejan las madrugadas

cargadas de silencios,
quiero contagiar
la arraigada frescura de tu asombro.
(Aún asombra el amor
en las noches provincianas.)

Después de ti;
después de todo;
después este lugar
y este cansancio.
Más allá
las hordas malévolas del viento
y esta quietud;
necesitar la sombra
para voltear su peso mustio,
necesitar la sombra
para agachar los miedos
y estropear sus fósiles lamentos . . .

Después de ti;
después de todo;
necesitar la sombra.

CARTAS PRIMERAS

*A veces, cuando el regreso al verano
es grande, suelo leer tus cartas,
tus poesías, y también Neruda.*

EMILIO

He decidido volver,
abandonar las brumas
que suelen amar
a las ciudades que habito.

Parto desde la sombra
hacia tus palabras pequeñas.

Asomada a la vigilia
de los que custodian su muerte,
vuelvo hacia ti;
y son tus palabras intactas
apartando las aguas,
escurriendo las blusas
que abren los vientos de allá.

Sólo tus palabras.

A veces me contabas de tu abuelo,
un “turco” gigante con el que habías vivido
en el ingenio de Los Ralos;
y lentamente,
con el sol volteando sus últimos esfuerzos,
volvíamos a la casa de anchos patios.

Acostumbrabas decirme:

-atrévete a querer los sitios que compartes,

y detenías la voz.

Hoy te respondo:

-me he atrevido a despertar vendavales
en la tierra que me ha pertenecido,
y he amado los sitios
que nunca he logrado compartir.

Es por eso que vuelvo.

Arrastrando la última tormenta;
el último viento.
(el desmesurado y triste viento en las ciudades).

Parto desde el fango
hacia tus palabras pequeñas.

Asomada a los ritos,
a las ceremonias consagradas medios-días por medio
vuelvo hacia ti;
y son tus palabras intactas
habitando la húmeda tibieza en las cocinas,
el temblor del caldo hirviendo en las hornallas,
volcándose en los platos;
un momento para detener los pasos
y el agua arrastrada
sobre los vasos limpios
la charla de mis padres y tus palabras.
Sólo tus palabras.

A veces hablamos del verano astillado
y sangrando en mis ciudades;
del verano escapando a la Montaña.
Creciendo. Creciéndonos.
De sus bosques incendiados
y los coyuyos gimiendo horas enteras en las siestas.

También comíamos uvas
en el último patio de la casa.

También leíamos a Rilke:
y a veces hablamos del verano,
de sus caballos sofocados y dispersos
escapando, huyendo siempre.

Acostumbraba decirte:
-también a las Montañas
llega la época de lluvias,
y detenía la voz.

Hoy me respondes que:
-no es cierto,
que sólo llega la época de cartas . . .
un tiempo de palabras dobladas pero no vencidas
que suele acercarse los jueves
en mitad de la mañana.

Es por eso que vuelvo.
Un espeso olor a río
ha fondeado en los tugurios
y en las calles del Bajo hacia Barracas.
La noche es una extraña “damita de ciudad”,
una amante temblorosa y pálida
huyendo por las avenidas hacia el puerto.

Pero yo he de volver
para encontrar tus palabras.
Sudestada abajo.

Asomada al último viento,
(el desmesurado y triste viento en las ciudades)
vuelvo hacia ti;

y son tus palabras intactas
separando papeles volteados y ásperos,
algunos poemas empezados en Octubre,
tus cartas,
el frasco de pastillas suicidándose
y rodando en los mosaicos,
la lámpara pendiendo en la mitad de los dormitorios
y también tus palabras.
Sólo tus palabras.

Y a veces hablamos de los trenes
piafando al borde,
siempre al borde de la tarde.

Tiempo de trenes que arrancan de los bosques
incendiados y exhaustos,
de caballos sudorosos
y el pulso constante del verano creciendo en la Montaña.

A veces nombramos
su pesada oscuridad de tormentas en acecho
a veces les temimos,
y el verano crecía sofocado,
ahogándose,
alimentando la fiebre en los pantanos.

Nosotros pintábamos la hamaca
del último patio de la casa,
y el verano se asfixiaba
y moría agotado en los andenes.

Y es ahora que puedo responder a tus palabras
-que hay un espacio en días como hoy,
los días en que lavo ropa a la mañana,

almuerzo con mis padres,
doy vuelta el cajón de mi escritorio
y dejo tus cartas
merodeando las colchas de mi cama;
hay un espacio en estos días
de miedos apretados,
de lluvias detenidas,
siempre detenidas
golpeando las ciudades que habito;
hay un espacio en días como estos,
para recordarte.

ORACION PARA SEPTIEMBRE
(o como hacerle un poema a la muerte)

Septiembre ha cargado su fusil.
Quiere disparar sus lluvias por tus ojos;
quiere liberar las plumas de la lluvia
para que llores pelusas marrones
al acercar tu único asombro a la primavera.

Todo tiene la dimensión de Septiembre;
sus vientos oscuros
y la estropeada caricia
que sostiene tu mano.

Por eso,
voy a derramar
todas las flores de Septiembre
sobre tu boca;
para que endulcen mis sueños
y aplaquen tu muerte
hasta rozar su claridad.

Tu muerte
que ha recorrido un largo camino,
mordiéndolo el agua afiebrada
de todos nuestros miedos,
y todos los colores
que nos da la tristeza.

A HORACIO
(o como morir después de todo)

Ahora que el árbol sinuoso de tu ausencia
me alcanza nuevamente,
y tu recuerdo empieza a gatear
por viejas fragancias de verano,
duele como hace mucho,
como hace tantos años,
tu nombre guardado para ocasiones especiales.

Escucho aún el monólogo de la carbonilla
entre tus dedos magros.
De pronto la cartulina es luz y sombra.
Y ahora;
tan sólo la lánguida gaviota de los trazos,
tus ojos asombradamente azules
y la nostalgia que, como pan,
te llena la boca de vez en vez;
no siempre.

Se fractura la eléctrica claridad
de la lámpara en mis manos,
y su fosforescencia
amenaza Septiembre
y sus candombes funerales.
El mendrugo infantil de tu silbido
araña alambrado vespérales,
oculta su rescoldo ceniciento,
late convulsivos estertores de mañanas;

apenas puede gritar:

¡¡He terminado!!

SECUNDARIO

A mis compañeras

*. . . y a veces recordamos
al que vivió en nosotros
y le pedimos algo, tal vez que nos recuerde.*

NERUDA.

Ahora que la lluvia ha soltado
sus atolondradas muchachas;
sus frescas muchachas
que enredan sus bailes
y los traen hasta nosotras.

Ahora que el sol ha tatuado
duendes oscuros
en los ojos de Nora;
silencios oscuros,
nostalgias oscuras,
para los ojos de Nora.

Nosotras, que hemos descubierto esta tierra;
que hemos empuñado esta tierra
repleta de sonidos.
Nosotras y la voz de la tierra
elevándose y huyendo.
Creciendo por nosotras.

Ahora que las mañanas resbalan
su luz ácida y torpe,
su empecinada claridad;
este animal que no reconocemos,
que nos alimenta las lágrimas.

Ahora que el verano ha trepado
hasta las manos de Ana.
Hasta las pecas de Ana.

Ahora que le he dicho:
-Vámonos a luchar juntos.
Te regalo una siesta roja
como tus tristezas . . .
. . . Un verano inocente,
que despacito te ha dicho:
-Partamos juntos.
Yo también soy una Revolución.

Nosotras, que hemos doblado los días,
lentamente;
que somos sus habitantes sombrías,
sus ceremoniosas gitanas
devoradas por el miedo.

Nosotras;
un poco parias.
Sin hogar para tanto susto.

Y los días doblados lentamente
en “Mesa de Café de Marcos”;
soledad sobre soledad;
gitanas revolcando sus fiestas,
juntando sus monedas,
doblándose cartitas de colores extraños.

Ahora, que el cielo ha desbarrancado
un asfalto turbio:
todo este mes
partido como costra
en nuestros nombres.

Ahora que Noviembre
trae un rumor oceánico
que llega hasta el dios pequeño
que se apoderó de Lidia,
hasta el asombro virgen
de las que no tienen madre,
hasta las caricias
de las que se casarán en Otoño .

Noviembre que se acerca hacia nosotras,
que acuesta sus mareas,
las descubre,
y nos deja preñadas de su llanto.

Nosotras,
las revoloteadas polleras de la lluvia
y nosotras.

Toda gris la ciudad;
demasiado inmensa,
demasiado apartada.
“Mesa de Café de Marcos”,
un verano para la tristeza de Ana,
y toda la ciudad.

Nosotras y ese animal que no reconocemos,
y sentirse un poco marinos;
marinos de pecho descubierto

y silenciosa sonrisa.
Marinos solitarios en los muelles
y nuestras cabezas
apiladas
en la ventana del colegio.

Nosotras, las muchachas de la lluvia,
sabemos que nos vamos.

Nada más.

Por última vez enredamos nuestros bailes
y aprendemos a morir.

Por última vez las muchachas de la lluvia
muestran sus enaguas.

Nosotras las despedimos eufóricas
y luego nos miramos,
lentamente.

SUICIDIO

*El pesar, la tristeza o el
miedo, no son para nosotros.
Somos demasiado jóvenes.*

MEYI

Hoy el mundo ha girado
sus pálidos horrores,
ha acercado
sus imprevistos alaridos a mis hombros,
ha dejado su acústico dolor
encharcado en tus llantos
y en los míos.

Hoy,
la tristeza olvidó
triángulos morados en tus ojos,
como para animarlos al miedo,
como para enlutarlos,
y has sabido responderle
la aspereza solar de tu sonrisa,
hasta cegarla,
hasta doblar sus filos
y sus muertes.

Porque sé
que puedes levantar tu propia bandera,
el símbolo que endurezca
la ansiedad de las noches;

y vestir sus fraguas
para que no te descubran.

Para que la nostalgia
enrede la torpeza de sus pasos,
has sabido dibujar telarañas marrones
que le cubran el rostro;
aún hoy,
que la soledad estira
la ambigüedad de sus charlas
por mi pieza.

Hoy,
hoy que has manchado
tu historia en las paredes,
que has sentenciado tu vida
a esta dimensión de esqueletos y de larvas
para morderlos desde adentro;
para quebrar sus vísceras
y ensañar tus quejas y tus bailes,
quiero recobrar
ese aliento infantil
que has suicidado;

y entonces poder levantar el símbolo;
ese símbolo
que endurece la ansiedad de las noches,
que inventa una geografía silenciosa,
un constelado país
donde enterrar brújulas y labios
hasta ser solo manos abiertas
hacia un cielo desenfrenado y maligno.

HASTA LA SOLEDAD Y DESPUES, VIVIR

A mi padre

Has regresado de todos los confines.
Todos los silencios del mundo
resbalan su arrugada caricia
hasta tu nombre;
hasta amasar un vino amargo
que derroche sus fuerzas en entristecerte.

Creo que has arrancado tus manos
de alguna tempestad;
de alguna lluvia violenta y áspera
que contuvo las miserias pequeñas.

Regresas desde el rugido y el agua.
Desde la lenta claridad.

Una pena manoseada y turbia
agiganta su ahogo
y te detiene.

(Creo que ha derramado sus ojos
sobre toda la tierra,
(sobre la piel devorada de tu hijo)
y no la ha conmovido).

Ahora sobrevives madrugadas
caídas como golpes.

Ahora sabes que la soledad
tiene colores distintos
cuando te suicidas
sobre la rígida luz de las mañanas
y su patalco sabor
te va creciendo.

Tu desmesurado país
llega hasta este poema;
lo abarca y lo desprecia;
y regresa a la subterránea, humedad
que anima sus pasiones.

Luego,
sencillamente,
regresas hacia todos los confines;
hacia la noche
que descuelga sus vientos oscuros
para acariciar tu nombre,
para amasar un vino amargo
que derroche sus fuerzas en entristecerte.

Súbitamente,
regresas hacia todos los confines.

(Donde has derramado tus ojos
sobre toda la tierra,
y no la has conmovido).

AMISTADES

A Nora, Ana y Cristina,
Pa' que sepan lo que es un poema

*Viento del Sur, oh lluvia de abril,
quiero saber, donde debo ir ...*

“APRENDIZAJE” SUI GENERIS”

Todo puede concluir hoy.
La tarde es un macizo dolor
que me pudre los ojos.
La tarde silenciosa del suburbio
donde habita la lluvia;
donde fuimos animales enfermos
tosiendo Chacabuco abajo.

A veces abandonamos los callejones oscuros de San Telmo.
La tarde partía con nosotras.
Quebraba su último aguacero;
habitaba la casona húmeda
donde trampeábamos la noche.
Poco a poco erguimos los llantos.
Ya sabíamos.
Había trenes que llevaban muchachas hacía el Mar.
Pero Norita quedaba con nosotras:

“Nuestros corazones son barcos abandonados”,

repetías,
y nosotras brindábamos a tu salud.

Lejos, en medio del Mar,
nosotras brindábamos a tu salud
y sonreías.

Las mañanas aparecían bamboleantes.
Volteaban velas encendidas aún en los rincones
mientras nosotras cantábamos “Aprendizaje”,
y una luz extraña y firme
escarbaba el vientre de Marta
espantando fantasmas de criaturas muertas.

Pero las tardes volvían a la casa,
y entonces repetíamos

-Todo puede concluir hoy.

Poníamos la mesa.

Servíamos un café hervido
que nos lastimaba la boca.

Reíamos.

La casa nos pertenecía.

Por última vez un licor espeso
nos devolvió el poder de la magia:

La ginebra fue una confidente devota;
supo resignarse a la angustia
y bailó “carnavalitos”
al temblor de las velas.

Levantamos fogatas:

(amontonamos papeles, ramas, hojas de
eucaliptus, alcohol de quemar . . .
cuando se terminó el alcohol,

ponche).

Y llegó la última mañana,
zozobrante, ebria,
entonces repetimos:

-Todo puede concluir hoy.

Lejos en medio del Mar,

Norita repetía:

“Todo puede concluir hoy”.

Pero nosotras sonreímos,
y habitamos de vuelta los bares de San Telmo.

El viento del Sur llegó con la tarde.
El viento del Sur,
arrastraba los trenes que volvían del Mar.

Otra vez todas
invadiendo la, tarde silenciosa del suburbio.

Encendiendo fósforos,
arrimando copas,
éramos vigías ocultas
aprovechando las sombras.

Abril llegó con la tarde.
Abril arrastraba las lluvias que volvían del Mar.
El “Gallego”, que nos esperaba en el bar inútilmente,
se suicidó un lunes a las 10 de la mañana.

Pero a veces volvíamos a vernos.

Con miedo de decirnos:

-Todo puede concluir hoy,
ya no sonreíamos.

Yo les leía un poema,
y ustedes empezaban a estudiar abogacía en la ciudad.

Al separarnos,
éramos vigías ocultas,
zarandeando lámparas para descubrirnos.

Como animales enfermos,
tosiendo Chacabuco abajo,
nos fuimos olvidando los nombres.
Habitamos una “tierra de nadie”
que nos ensucia la voz,
con sólo nombrarla.

La tarde es un país extraño,
un macizo dolor que me pudre los ojos.

Como un penitente,
la tarde vaga por los callejones de San Telmo
repitiendo:

“Nuestros corazones son barcos abandonados”.

**PUEDO RECORDAR: había un país donde
bailábamos y brindábamos con nuestros amigos**

Asfixia sobre asfixia.

Sol sobre sol.

Y este inmenso país que nos abarca.

Un día nos descubrimos lamidos,
abandonados, (húmedos y vírgenes).

Sabemos que hay borracheras
que sólo nos pertenecen a nosotros,
que son nuestras aliadas;
que por ellas salimos a pelear.

Asfixia sobre asfixia.

Sol sobre sol.

Un día sabemos que no nos quedan ojos;
que las novias
dejaron sus ojos
detrás de las ventanas.

Después la noche suelta sus perros oscuros
hasta dejar la tierra trémula,
sin que podamos abrigarla.

Asfixia sobre asfixia;
el miedo es una piel distinta
que nos enorgullece.
Tenemos miedo
y nos alzamos abrazados y llorosos
a luchar
como una sola piel;

sol sobre sol;
hasta desnudarnos,
y hallarnos enteros a pesar de todo.

El monstruoso corazón de las tormentas
no se atreve a marcharse todavía.
Atraganta el pequeño país que contenemos.
Por· eso vamos a empujar fogatas,
vamos a levantar la tierra
como un solo alarido;
vamos a quedarnos
creciendo desde la montaña,
acechando desde las mareas;
hasta sofocarlo.

(Y tanto nos arrimamos al fondo del viento
que tiembla entre nuestras piernas.
Y tanto gritamos en su vientre nudoso).

Sol sobre sol,
mis amigos bailarían
y brindarían por nosotros.
Luego,
quizás, bajen flores de la montaña
para que las mire.

**HILMAR CALLEJA: TRAPICISTA,
MARINO, PINTOR, ESCULTOR . . .**

(nació en “Arbolito”, prov. de Bs. As. en 1900 . . .)

Y ahora podríamos reírnos.
Usted y yo riendo a carcajadas.
La siesta golpearía su ahogo
como un animal herido,
mientras usted encala paredes de Hospitales,
y come naranjas,
doblado en el andamio.

Realmente nos reiríamos mucho,
y como arrepentido diría
que ama una mujer morena y extraña.
Trataría de buscarla inútilmente
cavando pedacitos de madera;
respirando un dolor espeso.
Luego, tranquilamente,
doblaría su amor,
y su voz sería sólo un ronquido huraño:
-Mirá, tengo una cajita de fósforos “Victoria”
para guardarlo.

Todo puede ser cierto
cuando nos reímos:
la lona gime despacio,
y usted está solo,
arriba del mundo,

bamboleándose.

Me contó “La Turca”,
que llegó un trapecista nuevo;
pero claro,
no todos pueden ser un marino oscuro
un guerrero triste,
doblegando la noche
y sollozando.

A veces creo
que aún tiembla la carpa abajo suyo.
Tiembla un mar ajeno,
un vino pegajoso
que sólo usted conoce;
y se precipita en sus alcohólicos abismos,
riéndose,
riéndonos . . .

Y ahora usted lo sabe;
la muerte también puede ser una muchacha
llegada de “Arbolito”.

MUDANZAS

*a Leonardo,
a su niñez,
a sus avioncitos.*

I

Era en la provincia;
el sol pequeño no se atrevía a atardecer,
nos vigilaba.

Un sol infantil como nosotros
que no permitía las sombras.
Abandonaba su sangre en nuestros labios.
Derramaba su sangre en nuestros ojos.
Se conformaba con ser el dueño
de los pasos furiosos
que arrimábamos al bosque.

Era en la provincia:
el bosque desplegado a través de nosotros;
nosotros,
que no le permitíamos las sombras;
que asolábamos sus cenagales y sus ruinas.

Y al fin volvíamos.
Azotando la tierra y demasiado vírgenes,
nos devolvíamos una sonrisa húmeda
que recordaba los yuyales
y el viento agazapado
esperándonos en medio de los árboles.

Un día descubrimos que no conocíamos el Mar.

Nuestra infancia fue soleada y tímida;
un salvajismo tímido
que solo entendía el crepitar de las siestas
golpeando la costra
partida y polvorienta de las calles.
Una niñez sin Mar,
que tampoco lo necesitaba.

Ezeiza nos descubrió las mareas
al desbarrancarnos sus lluvias agitadas,
sus ansiosas lluvias lavándonos la cara.

Tres hermanos;
El verano y la tormenta que crecía.
¿Recuerdan?:

Nosotros escuchábamos el Mar,
la respiración jadeante del Mar
echada a nuestro lado.

Entonces llegó la palabra;
la palabra prohibida y tormentosa
que contaba leyendas.

Y nos fuimos definitivamente.
Nos abandonamos.

Pero antes enterramos, nuestros sables en el sol,
nuestro sol: criatura y vigilante.

Pobrecito,
con nuestras manos aún clavadas en su vientre,
alcanzó a abrirnos su sangre enorme y buena;
nos dejó toda su luz.

Al fin comprendimos que nos había perdonado,
y que jamás habría otro sol para nosotros.

La ciudad tomó forma y dimensión de noche.
Nuestras cabalgatas nocturnas quedaban en el cuarto:
Meyi cosía retazos desesperadamente,
y Horacio dibujó toda su vida;
su vida barullera y pequeña
(lo sepultamos a los 15 años,
y recién entonces descubrimos el tamaño de la muerte).

En la ciudad
una isla agria y amiga
que nos vigilaba:
El cuarto,
sus camas destendidas
y la ropa amontonada
chorreando sus colores.

De vez en cuando,
la huida en los trenes del Norte
hacia Tucumán
(provincia pura y temblorosa como las pasiones).

De vez en cuando
la huida en los trenes del Norte
hacia el verano,
donde la selva nos devolvía
la sonrisa húmeda y blanda
que traíamos los tres de los pantanos.

El cuarto,
catacumba afanosa y solidaria
que sólo tenía ventanas
para asomarse a la noche.

Pero ahora,
la guarida empuja los ritos sagrados,

los abraza a los muebles.

Fíjense:

Hay un bullir constante,
un aleteo tremendo y descarado
pegado a la ventana.

Nuestro cuarto
es el fanal fluorescente que mira la tormenta
¡El fanal que nos descubre el oleaje del Mar!
y nosotros tres, en el cuarto,
escuchando su respiración jadeante
y la palabra prohibida que nos cuenta leyendas.

Ahora tenemos que atrevernos,
Tenemos que enterrar nuestros sables
en el vientre del cuarto,
que él sabrá perdonarlo.
El sabrá comprender
que nuestra adolescencia fue nocturna y tímida;
un salvajismo tímido
que sólo entendía
de romances silenciosos y escondidos.

Nuestro único dueño fue ese dormitorio sagrado
que se conformaba con escuchar nuestros llantos
hasta poseerlos,
sin atreverse a consolarlos.

Recordemos la promesa
hecha a orillas del sol,
mientras escuchábamos al Mar avecinarse:

“NOSOTROS NO DEBEMOS
PERTENECER A NADIE”.

(No se pueden criar gorriones

en cajitas de zapatos;
de tristeza se van muriendo,
hasta que mueren en serio,
como Horacio).

Por eso,
tenemos que asesinar nuestro único dueño,
hermanos míos,
que otra vez entre el Mar,
rompiendo las paredes de la casa.

Con nuestras manos
aún llagando los dibujos y las mantas,
nuestro cuarto quebrará ese Mar.

Sabrán ser como nosotros:

un navío suicida
que huirá,
 huirá,
 ¡huirá!

Quizás entonces, al fin comprenderemos,
que nos ha perdonado.

CONTRATAPA

LEONOR GARCIA HERNANDO ingresa al mundo literario con este libro. La aparición de una poeta siempre debe ser celebrada, Celebrada con júbilo porque, en cierto forma, representa el canto de su propio pueblo.

Es joven, muy joven. Tal vez allí esté el motivo de cierta angustia metafísica, cierta disconformidad, cierta veladura gris que aparece, de tanto en tanto, como un resquemor hacia esta enorme humanidad de cemento que es Buenos Aires. También sea la misma causa que la impulsa, en determinado momento a cantar a Tucumán con optimismo, con claridad de amor.

LEONOR GARCÍA HERNANDO está preocupada por encontrarse y encontrar en ella a su propia generación. Ella se analiza a través de las circunstancias que la rodean. Este es su primer libro, De aquí en adelante le queda la enorme y gigantesca tarea de construir toda una densa obra. El verbo le pertenece, Y la clarificación certera de la palabra es tarea de madurez. Por eso hay que celebrar el nacimiento de un poeta.

Hamlet Lima Quintana



DATOS DE LA AUTORA

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía *Mudanzas* (1974), *Negras ropas de mujer* (1987), *La enagua cuelga de un clavo en la pared* (1994), *Tangos del orfanato/Tangos del asesinato* (1999) y *El cansancio de los materiales* (2001). Su obra está inscripta en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.

VALIDADO

